Editorial

Llegará un día en que los años le pesen en las pupilas y la edad desvanezca finalmente los contornos y el color. No obstante, para entonces, *Lammadame* habrá visto tantas cosas que cada despertar será conocer nuevamente a un viejo amigo. Percibirá la identidad insospechada de cada silueta que observe con los dedos y podrá incluso distinguir cuando el llanto se maquille de sonrisa. El tono lechoso de sus ojos hará de su visión una Vía Láctea y de cada pestañeo otro Big-Bang que permita dar borrón y cuenta nueva. El resto de sus sentidos rellenará el espacio en blanco y su experiencia le dará los pormenores.

Esta dama quizá se quede ciega. Quizá, sólo quizá, resulte desde ahora que nunca estuvo para ver sino, más bien, para ser vista. **¿Qué es leer sino contemplar con las palabras de un extraño?** Sólo por este número, conviértete en el lazarillo de esta dama; quizá te lleve a lugares nunca antes vistos.

Abdul C. Bornio

Lammadame

COLECTIVO LAMBDA

Editor
Misael Carbajal

Diseñador invitado
Jonathan Carbajal (JIC)

Narrativa
Abraham Domínguez
Juan Rivera

Teatro
Abdul C. Bornio
Rodrigo Cuellar

Coeditora
Alejandra Valverde

Ilustradora
Luciana Calderón

Poesía
Luna Beltrán
Juan Pablo Tovar

lammadame@casalamm.com.mx

CONTINÚA - LA MARCHA DE LOS CIEGOS

Cada marchista llevaba consigo una poderosa carga de azar.

A falta de perros guías, de bastones, o de peatones considerados, los ciegos cruzaron avenidas con los semáforos en verde, arruinaron automóviles cuando éstos se estrellaron contra ellos, pisaron parejas que se amaban en los parques, derribaron Cristos en las iglesias, cayeron en las vías del metro. Por más esfuerzos que realizó la policía no pudo contenerlos, como no se pueden contener los estallidos de la casualidad.

Antes de que la catedral volviera a anunciar la hora, la marcha había llegado a su fin dejando a su paso cientos de atropellados, tres líneas del metro fuera de servicio, dos compañías aseguradoras en quiebra y el silencio en ruinas de una ciudad paralizada. Los turistas fotografiaron cada cuerpo lesionado o sin vida que encontraron y las imágenes se dieron a conocer en todo el mundo.

La primera reacción del Gobierno fue la de minimizar el acontecimiento al reportarlo como una manifestación cultural de artistas informales. Pero el mundo, ante el carrusel de imágenes entintadas de sangre, demandaba una explicación más detallada. El Gobierno debió enfrentar los hechos. No se entretuvo en averiguar cuáles habían sido las razones del alzamiento, prefirió arrojar a la prensa y al mundo su repudio contra la marcha. Explicó que los muertos estaban ahí por gusto, tendidos en la acera y en las vías por gusto, quién los mandaba marchar si ni siquiera sabían caminar, quién los mandaba protestar por males que ellos solos se inventaron porque los ciegos, sépanlo todos, ¡no ven! Y si no ven qué van a saber de política, ¡está comprobadísimo! Por lo que el Gobierno se compromete a no descansar hasta que dicha afrenta quede sancionada.

Y el Gobierno, extrañamente, cumplió. Como nunca antes en la historia, se invirtió en especialistas para estudiar las causas y manifestaciones de la ceguera; no para curarla sino para castigarla. Mientras, la policía buscaba y apresaba a los ciegos sobrevivientes de la marcha. En el Congreso se formuló y aprobó una ley que avaló el método especializado de sanción contra los débiles de visión.

Una vez con los culpables encarcelados y sentenciados, los especialistas que el Gobierno reclutó realizaron la investigación final: le preguntaron a cada uno de los condenados, implementando los métodos que fueran necesarios para obtener las respuestas, qué era lo que más disfrutaban en la vida. Cuando los recuerdos fueron anotados y clasificados, se decidió que el mejor castigo a ejecutar sería uno que impidiera a los invidentes la entrada a sus recuerdos; atacando y nulificando cada uno de sus sentidos.

En pocas palabras, el Gobierno condenaba a los ciegos al vacío.

La sentencia, por ironía o venganza, se ejecutaría en el mismo lugar en que los ciegos iniciaron el conflicto.

Domingo. La plaza del centro histórico fue cercada por una gran alambrada para que los curiosos pudieran observar el espectáculo desde una distancia mesurada pero atractiva. Los culpables arribaron a las once de la mañana. Bajaron de tres autobuses grises. Caminaban con el ritmo de los pájaros lastimados, e iban encadenados con instrumentos de la más alta tecnología: llevaban guantes blancos que funcionaban como cadenas, audífonos que se interconectaban a la cabeza de otro sentenciado. En la explanada de piedra, la policía los formó e hincó uno al lado de otro. Antes de dar comienzo al castigo, el Presidente pronunció un mensaje al que nadie prestó atención, porque a nadie extrañó que las ejecuciones nacionales se aderezaran con discursos rimbombantes. Humillados y ofendidos, los ciegos quisieron darse el último consuelo de la esperanza: la pacífica fuga a la memoria. Era demasiado tarde, por más que hurgaron en sus recuerdos, sólo encontraron en su interior los altos muros de la Justicia. La sentencia había iniciado.

El primer sentido que se atacó fue el del olfato. Para este no fue necesario utilizar ningún dispositivo porque los condenados, antes de subirse a los camiones, iban ya perfumados de espanto. Para bloquear el sentido del tacto se fabricaron guantes blancos con agujas penetrantes y tóxicas, de modo que en cada movimiento que el ciego realizaba para recuperar las caricias del pasado, se pinchaba lastimosamente las manos. Todos los guantes blancos enrojecieron. Sin excepción. El sentido del gusto se obstruyó por medio del lenguaje. Se averiguó qué sensación causaban las palabras en el paladar, y se descubrió que al pronunciar una palabra favorita el bombeo sanguíneo se detiene durante la milésima de un segundo, provocando un paro cardiaco en miniatura. Se potencializó esta arma natural del cuerpo dándole a cada sentenciado una píldora que incrementaba la duración del paro. En la mayoría de los casos la palabra favorita era el nombre de una persona. Al final de la ejecución, analizadas ya las causas de muerte de los sentenciados, se reveló que la mitad murió con el nombre de un ser amado atravesado en la lengua y el corazón. Para el oído se utilizaron audífonos por los que se escuchaba la eterna repetición de la palabra luz; los que nunca la habían conocido la detestaron hasta el último recoveco de su oscuridad, y los que sí la habían experimentado, agitaban la cabeza de un lado a otro, como si quisieran derribar el muro musical. Se enterró a la luz por medio del sonido.

La gente contemplaba el castigo sintiendo que un vacío les arañaba los ojos, que las imágenes del dolor les exprimían ácidos en el alma. No hubo ninguno que pudiera mantener la mirada atenta todo el tiempo, y las lágrimas realizaban un acto de justicia mayor al de la Justicia al impedirles ver con claridad. Muchos, al finalizar la jornada, hicieron el mismo gesto de esperanza de los ciegos al levantar la vista y reflejar en la oscuridad de sus retinas los colores del cielo.

Los asistentes sufrieron dolores de ceguera y se comportaron como mudos, porque al llenarse la plaza de cadáveres sin memoria, todos guardaron silencio.

Y al final sucedió que, como antes de matarlos les arrebataron todos sus recuerdos, a los ciegos ya nadie los recuerda.

Una noche sin sábanas y el campo del caimán

Andrea J. Roldán

El ring del teléfono sonó durante unos segundos hasta que Alonsa se levantó de la cama para contestar, miró el teléfono que anunciaba las cuatro de la mañana. Al descolgar la bocina una respiración turbia le dijo hola y después colgaron. Alonsa sugirió prepararse un té para la inevitable llegada. Bebió despacio y sin mesura, cogió el cuchillo y lo limpió con el delantal de su piyama, acarició suave el filo con la lengua y rebanó despacio un pedazo de tela como se rebana una piel tersa. Amarró fuerte su bíceps izquierdo y, en el centro de un tatuaje con forma de blanco, insertó la aguja metálica. Entró fría y excitante. Sintió cómo tocaba cada fibra de cada capa de su piel, sintió el temblor de sus músculos calientes. La punta de la aguja tocó el hueso y empezó a diluirse con el líquido de la meta que comenzaba a circular sin permiso por su sangre.

Alonsa caminó cuajante hacia su cama, se cubrió con mantas y almohadas que poco a poco se convirtieron en condensados copos y, como son los poderes una voz infinita de exámenes, dejó de respirar, se puso a prueba a sí misma y comenzó a filtrar por sus poros el aire; viajaba y retornaba a la Siberia fría y blanca, y ella sin suéter, sin camisón, sin frío. La espesa nieve tocaba sus muslos tiernos y la neblina cubría sus ojos marinos. Alonsa era nativa del invierno, el molde perfecto de un tuvano. Caminó sin piyama, desabrigada y con los pulmones llenos de aire glacial hasta el campo del caimán, donde solía pasar horas percibiendo la calma como si se percibiera a la abuela meciéndose al sol.

Alonsa dejó de ser Alonsa para convertirse en madre y padre, en verdugo de su descendencia, también. Corrió desnuda con los brazos abiertos por el campo del caimán que le dijo que era libre de volarse la cabeza. El viejo animal caminaba alrededor de sus piernas y olfateaba su piel; ella lo acariciaba como a una mascota perdida y le besaba la frente como se la besaba al abuelo. Siguieron caminando lado a lado hasta que le disparó un hombre por la espalda y cayó de bruces sobre el pavimento mojado; miles de turistas (porque estaba en medio de su mundo y del de ellos) la miraban curiosos, las sirenas comenzaban su canto desde los lejanos mares del cemento y ella se regocijaba esperando a ser salvada.

Por fin llegó a la meta en su cabeza, distrajo un poco los sentidos, abrió deliciosamente los párpados para verse nueva en un centro de rehabilitación. Dos policías la sujetaban con fuerza volviéndola un costal inmóvil de pellejo. *Vas por la quinta*, le dijo el doctor que la veía con cierto encanto, *eres la más poderosa, algún don tienes sobre ella*. Alonsa permaneció quieta mientras pensaba, *el único don que tengo es el de volarme la cabeza*.

Un viaje colocado de doce horas

Andrea J. Roldán

Hace rato que no responden; no siento los pies, es como si mi cuerpo fuese fantasma, plasma dentro de una nevera. Las manos heladas tocan mi cara para ver si sigo con vida; cómo decirle que estoy vivo. Me empujan hacia los cuerpos inertes y helados, yo no soy uno de ellos, estoy vivo. El frío ha calado mis piernas y el fuego ha quemado mi cara, el retumbo de las balas que me acarician se escucha como cadenas cayendo sobre los metales.

Los témpanos que cubren el horizonte, las cárceles aquí no son cárceles, son el infierno, la vida sigue sin mí. Soy el peor movimiento de la existencia.

El pelotón y yo caminamos durante diez horas, la humedad nos encandilaba los huesos, nuestra respiración era verde aceituna y nos contagiaba el sol, el calor en nuestras caras para ver brotar el rojo de los aliados.

No me arrepiento de nada, fui un héroe que mató por su país a los que mataban a su gente. No me quejé ni un segundo, me vitaminaba con la sangre, no me quejé ni me quejo ahora. Despierto, la guerra ha terminado, me falta una pierna y la certeza de saber que sigo vivo, que no es un sueño. Pero ésta ya no es mi realidad, lo que hablo no coincide con lo que mi cabeza dicta, se ha revolucionado mi manera de mirar, la espuma es cada vez más escasa en mi boca, soy como un perro con rabia, me levanto y me caigo a pedazos. Pienso en mi madre, en mis hermanas, estoy peleando por ellas una lucha que no me correspondía, estoy luchando contra el monstruo. Estoy muerto, camino sonriendo y el uniforme es cada vez más denso, el casco cada vez más frío y la mochila, sobre mis hombros, cada vez más grande. El arma nunca me había pesado tanto. Sigo. Quiero luchar.

Quiero ser el héroe que diga lo que yo no puedo decir, que hace todo lo que yo no puedo hacer, y sin ella, no soy más que un simple hombre.

Salvación

Fabián Cuéllar

Tengo la pluma cansada
de recorrer los mismos versos
de nombrar los mismos muertos
y escribir poesía incompleta.

Arrastro la tinta en vano:
las palabras siempre fallan.
Me faltan los momentos claros,
la lucidez que fue mía,
el pan nuestro de cada día,
los padresnuestros que no quiero rezar.

Morir sólo es una palabra,
sólo un verbo que no abarca
las promesas de vida eterna
de un profeta ajeno a mí.

Necesito tiempo
para explotar y recoger mis restos,
para contar la historia extinta
de mi nacimiento forzado.

Expuesto a la muchedumbre,
regalé un saco de piedras
con ganas de recibirlas
desde la ira del hombre
por no ser el mesías
que un día le prometí.

El tiempo se arremolina
en las sienes de mi enemigo,
se edifica tras los muros
de la ignorancia colectiva
que me relega a una pizarra
donde me niego a su devoción:
No soy hijo de Dios
No soy hijo de Dios
No soy hijo de Dios

Mientras más lo repito, menos lo creo
y entiendo mejor las llagas
que me perforan pies y manos.

Espero que el mundo entienda
las razones de mis milagros:
que no se vuelquen hambrientos
a la profesión de la fe.

No tengo nada que darles,
no soy Dios misericordioso:
soy sólo su hijo bastardo
en busca de salvación.

Antítesis

K. Fernanda Valdez Carabantes

El momento oportuno
viene demorado
cada minuto que posterga
desespero así esperando.

En busca, paralizada
soy los segundos.

Toda gritos
a la orilla
del averno.

Caigo,
una de tantas.
Caigo lágrimas,
líquido suspiro
de no ser lo que esperaban.

No soy madre.
No soy puta.

Soy eco rebotando
entre paredes agrietadas
de una casa que no es mía,
de una vida no acabada.

Androide

Fernanda Meirán

Se restiran sus mandíbulas en un abismal bostezo;
elásticas y con brillo de entrepierna.
Pero de alambre zurcidas van sus carnes
y de acero sus muñones.

Suda veneno y babea gasolina,
su antiguo motor padece lepra
y el aullido oxidado la atormenta.

Ebria de velocidad,
sangre, acero y cristal.
Recuerdo agónico de una tecnología salvaje,
viviente olvido de un futuro añejo.

No hay futuro para el presente viejo,
y las garras platinadas de la fiera sanguinaria
ya no tienen grandes héroes que destrozar.

Génesis de un héroe

Juan Pablo Tovar

Tenía piel blindada
a prueba de armas y palabras,
un corazón de peces que danzan
alrededor del alma.

Nunca usó capa o ideología,
nunca dijo su nombre,
nunca mencionó su vida.

Tan sólo el breve aliento:
de una voluntad
quebrada.
Tan sólo una noticia:
una cicatriz de sonrisas,
diluyéndose en la madrugada.

Tu enemigo es la existencia
¿A quién salvaste? ¿Cuál es tu vergüenza?
¿Por qué no me escuchas?...

¿Por qué no regresas?

Dejaste a la ciudad desamparada
entre gritos, caos y ternuras fatigadas;
en el cielo, cuando veo que ellas me miran,
la oscuridad dibuja tus pupilas.

Algo arde, más profundo que la sangre:
un mar de pieles, un (a)Dios de alguien...
un olor a juguete sin destino.

Eres un héroe, hijo.
Llevas en tu ausencia el dolor de lo nacido;
en tu pecho, repleto de aletas y corales,
palpita el océano
que cicatriza el nombre de tu padre.

El semejante a sí mismo

Carlos Azar

Estar furiosamente desnudo
para aprehender la línea de palabras,
delincuente
que plagia y no asesina.
Observar la afilada tersura
de la página en blanco
y advertir cómo sangra
en cuanto el héroe
en tanto el poeta
disuelve
envuelve
resuelve
la metáfora en sales congregantes,
en la hora triunfal de la palabra.

Los planetas son tan sólo ideas del poeta
que engañoso
se deja seducir por el polvo de mármol
de la corteza celeste.

El poeta, como el héroe, habita un cráter
de la luna
de Venus
de Saturno;
y el planeta, como el héroe, habita el cráter
del poeta
incandescente.

Es entonces como la página,
campo de plumas,
se torna casa sideral,
dolmen silábico
que se ufana
de hablar con el infinito.

Como la noche
la ausencia del héroe,
la presencia del poeta,
en vano arrastra del tiempo los recuerdos.

Al poeta: soles bruñidos.
Al héroe: nosotros, indignos, los eriales desiertos.

¿Qué sentido tienen las palabras?

México no es nadita como EUA

Edgar García

I

La puerta del salón es tan estrecha que si hubiera una emergencia alguien moriría aplastado. En mi asiento hay una nota que dice: "jodido". Raúl, mi único amigo en el mundo, remata: ¿jodido por quién? Al darse cuenta, la maestra hace aspavientos y reprende al grupo entero (apenas levanta los ojos de su celular). No sabe que será peor cuando se vaya; quizá se está riendo de mí y tuitea ingeniosamente en no sé cuántos caracteres: "muy jodido".

—Hace calor, tanto que podría matar un árabe.

Mi chiste pasa desapercibido por Raúl y por todos a nuestro alrededor. Tal vez lo entienda Ariel, que le presume a su amiga Allyson (en verdad se llama Aline) la bisutería que compró en Zara, su ropita de Bershka y el perfume Paris Hilton by Paris Hilton. No, estoy seguro que nadie lo entendió. Raúl comienza a hablar del nuevo Call of Duty 4 y de su impecable *score* en Xbox Live; lo alabo con la sumisión que implícitamente me demanda. Al otro lado del salón está Axel, el chico más popular, que sólo voltea hacia acá para buscar un enchufe donde conectar su reluciente y nuevísimo iPhone. Por un momento olvido que en mis pantalones *cargo* tengo una escopeta recortada lista para hacerse notar.

II

El sonido es inconfundible. Raúl, su único amigo en el mundo, nunca lo ha escuchado en persona, pero en Halo suena exactamente igual. La cabeza de Ariel estalla como un globo con serpentinas. Un segundo perdigón anida en la pierna de Aline Martínez y rompe de tal manera su pantalón que será imposible un reembolso en Pull & Bear. Axel siente un vacío en el estómago, el mismo de esa vez cuando vio una imagen en bikini de Miranda Cosgrove (es lo último que recuerda), no tuvo tiempo de presumirle a la clase sus boxers de Bob Esponja. La maestra está paralizada en su escritorio, su bolsa fosforescente de Palacio de Hierro la convierte en una diana de cuarenta y seis años (curiosamente se llama Diana). La escena se desarrolla como en película de Tarantino hasta que Raúl decide jugar a ser un héroe; recibe un *headshot* de mil puntos. *Achievement unlocked. Dead by friendly fire*.

La puerta del salón era tan estrecha que en caso de emergencia alguien moriría aplastado. Por suerte no hubo tal problema, unos disparos más y lo único importante para el multihomicida fue no arruinar aquellos formidables tenis Nike.

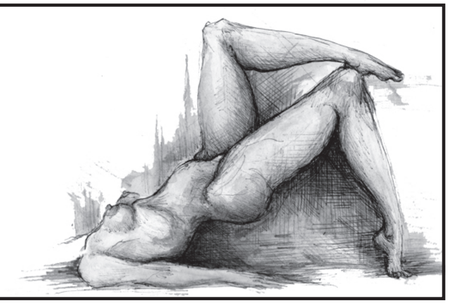
III

Tiresias pensó en todo ello mientras llamaba a su psicóloga desde la banqueta opuesta a la preparatoria. Un automóvil se detuvo un momento y bajó su ventanilla, quizás había escuchado algo. No tardó mucho en acelerar. El teléfono le devolvió las monedas al abrumado Tiresias, que resolvió que debía ignorar el asunto. Recientemente se había dado cuenta que pensaba disparates...

RUMBO A LA HOGUERA

Abdul C. Bornio

"Tu madre patria siempre ha sido el arte y en ella no hay barreras ni retorno".



Poemario a la venta en Librería Pegaso. Álvaro Obregón 99 Col. Roma.

Lammadame

#8

COLECTIVO LAMBDA

México
2014

1911
CASA LAMM
CENTRO DE CULTURA
M C M X C I I I

Anfitrión

La marcha de los ciegos - Rodrigo Alberto Cuellar

Entrevista

Venecia, tierra soñada... - Abdul C. Bornio

Poesía

Salvación - Fabián Cuéllar

Antítesis - K. Fernanda Valdez Carabantes

Androide - Fernanda Meirán

Génesis de un héroe - Juan Pablo Tovar

El semejante a sí mismo - Carlos Azar

Narrativa

Holk - Damián Comas

Una noche sin sábanas y el campo del caimán &

Un viaje colocado de doce horas - Andrea J. Roldán

México no es nadita como EUA - Edgar García

LAMMADAME.BLOGSPOT.MX

La marcha de los ciegos

Rodrigo Alberto Cuellar

El día que los ciegos se levantaron en armas parecía inolvidable, sin embargo ya nadie lo recuerda.

Los primeros en enterarse del movimiento se burlaron de los rebeldes: no sabrán a dónde disparar. Los ciegos contestaron: todo está tan jodido que seguro daremos en algún blanco. Al día siguiente de la declaración, la prensa solicitó una conferencia para conocer los pormenores del alzamiento. Los ciegos aceptaron. Para estar en igualdad de condiciones, impartirían la conferencia en un edificio sin iluminación; una vez conocido este detalle, los periodistas dieron por sentado que se trataba de un juego y no acudieron a la cita.

A pesar de la indiferencia y de las burlas, el movimiento siguió su marcha. El golpe de los ciegos se efectuó el domingo, acorde con lo planeado.

Los alzados invadieron la gran plaza del centro histórico a partir de las nueve de la mañana. Procedieron sin violencia y sin que sus actos parecieran los de un levantamiento; anunciaron su aparición golpeando el piso con el ritmo entrecortado y suave de sus bastones. Desde las nueve hasta las once de la mañana se escuchó, en la periferia del centro, la perfecta ejecución de la orquesta de los ciegos. Una vez reunidos todos en la gran plaza, soltaron sus bastones para luego sujetarse de la mano del compañero más cercano. El centro se pobló de ojos sin paisajes. No faltaron transeúntes que les preguntaron para qué se habían reunido; los invidentes respondieron con el timbre de las certezas históricas: emprenderemos la marcha de los imprevistos. La segunda pregunta, de la que no se obtuvo ni un gesto como respuesta, fue hacia dónde marcharían. Los turistas, emocionados, sacaron sus cámaras fotográficas con la ilusión de presenciar un acto memorable. Los policías encendieron sus radios e intercambiaron bromas, conjeturaron sospechas.

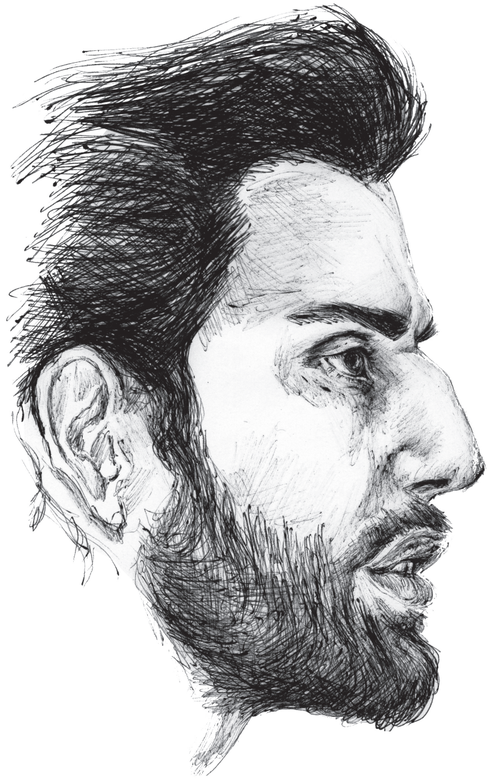
Más tarde, al finalizar las doce campanadas del mediodía, los ciegos se soltaron de las manos y dieron inicio al ataque. La gran marcha comenzó. Los curiosos, los turistas y los policías se dieron a la tarea de seguir a los alzados, pero les resultó imposible: cada ciego avanzó por un camino distinto.

La marcha, aunque nadie lo comprendiera, cumplió cabalmente su cometido porque no se dirigía a un solo destino final, sino que quería abarcar la mayor cantidad de finales posibles.

Continúa

Holk

Damián Comas



Creía que él era su dueño, que podía hacerla suya. Los había visto juntos una infinidad de veces y ella encantada, como si le gustara más su compañía que la mía, ¿viste? Lo noté desde el primer día que caí en ese apartamento. No sé si la amaba, pero me gustaba su angosta cintura, el gran traste con el que cargaba y ese balcón que me fascinó para hacerlo mío desde que lo vi, pero claro: el dueño era él.

«¿Qué mirás?», me preguntó Silvana, y sin poder contestar con la verdad sólo dije, «Nada, reina, que la luz del sol me gusta más cuando despierto con vos»; tal como lo hacen los poetas, ¿viste? La recorrí con estas manos, ella las amaba, no cualquiera se hace de este par, y le apreté de vuelta sus hermosos pechos, dando un pellizco final a sus pezones. En verdad me gustaba despertar ahí; después de una revolcada, abrir las cortinas y asomarme al balcón desnudo como un rey triunfante, como el único gil que puede salir con las bolas en alto porque es más hombre que todos los demás. ¿Usted se cree más hombre yo? Lo dudo mucho, jefe.

«¿Querés un mate?», me dijo. «Me encantaría, reina», le contesté de manera fina, amable, como se procura a las damas, ¿sabe? Se levantó con ese hermoso culo que rebotaba en su caminar. Tal vez su mejor gancho conmigo, ¿viste? Que se paseara en bolas por todos lados y a todas horas para dejarme ver cada detalle, cada defecto, como las estrías de su vientre que nada le quitaban a su hermosura; era comestible diría yo. Salió de la habitación y fue entonces cuando el muy boludo me provocó: se colocó en la esquina del librero, la más cercana a la cama, y me volvió a mirar. Observaba como si me registrara en una fotografía, viendo mi cuerpo bronceado, mis músculos, las sábanas revueltas bajo mis pies y dudando de mi hombría. Seguro que me miraba el miembro. Él tenía una perversión con mi hombría. De pronto, cambió su posición, decidí estirarme y cuando yo estaba a punto de levantarme, se lanzó a la cama. Avanzó lentamente hasta mí, con la mirada todo el tiempo puesta en mis ojos, como si quisiera atacarme o que abusara de él. Conozco ese gesto, he boxeado toda mi vida. Al llegar a la altura de mi axila se sentó de vuelta y comenzó por un ruidito: me rugía, imitando una bestia de mayores dimensiones. «Si no te largás te juro que te arranco la cabeza», le dije; y en ese instante, estiró sus patas hacia mi pecho y me enterró las garras. ¡Mire, aquí está la marca! De un tirón lo levanté del cráneo y lo lancé contra la pared. Cayó redondo, seco, como un perro contra un ómnibus. ¿Nunca ha arrollado a uno? ¡Es increíble el crujido bajo el neumático!

«¿Qué se cayó?», gritó ella desde la cocina. «Nada, nada», le dije, pero comencé a escuchar sus bofos pies volviendo hacia la habitación. Tenía dos segundos para tomar el cuerpecito y lanzarlo por el balcón. Justo ahí, imagínese la escena: la mina entró cuando su gato calvo iba girando en el aire como un trompo, por arriba del barandal del balcón, a punto de caer cinco pisos abajo y reventar en el pavimento como traste de porcelana.

¿Qué sucedió, jefe? Pues se volvió loca. Me lanzó el mate, los cubiertos y la pava con agua hirviendo. Esta es la quemadura, del rostro al pecho. ¿Sabe lo que duele? No era para un gato, ¿me entiende? No era para un puto gato. «Sos una…», ni siquiera recuerdo qué palabra le dije, pero comencé por tirarle una trompada a la nariz. Como la cara me ardía más que nunca, continué golpeándola, proyectando en mis puños el dolor que se acentuaba y que me hacía perder la mirada. ¿Se ha quemado con agua? Se siente como agujas que se encajan por todos lados; imagine eso en mi ojo. Y le di hasta que la maté. Fue un accidente. Yo sé pegar, jefe, es mi oficio, mire estos nudillos; tres cinturones de campeón hablan solos.

Pero en verdad creo que no quería hacerlo, se lo digo, fue solamente el instante. Yo la apreciaba, ahora lo sé mejor, pero me ganó el mismo error que antes. No sé qué es. ¿La condición humana? ¿El instinto que va más allá de uno? ¿La furia que nos supera y que con cualquier incentivo se desata? Como el Holck, ¿viste? No se detiene cuando está verde. Yo soy tranquilo, jefe. A mí me gusta vivir calmado. No estoy enfermo. No es que uno sea agresivo o quiera ser agresivo, lo que pasa es que el mundo le corrompe a uno la paz.

¿Lo de después? Bueno, lo que sucedió después sí fue mera furia y ya no era yo: la lancé, igual que al gato. Mire, yo jamás me hubiese imaginado tener esa fuerza, la tome de los talones y, tan en bolas y ensangrentada, voló por arriba del balcón y cayó a la calle. De haber sabido el quilombo que me esperaba no lo hubiera hecho. La mina era tan zorra que el barrio entero la conocía desnuda. Si no, ¿por qué la defendieron así? No tuvieron ni que verle rostro desecho porque con mirarle el culo todos supieron que era Silvana.

Me engancharon. Subió un negro de mierda con unos restos del gato que me lanzó a la cara y me quiso dar con todo. Me tuve que defender; sacar al campeón, al toro desquiciado. Llegaron a ser nueve contra mí. Le insisto, es el instinto, jefe; yo ya no quería matar a nadie. Fue demasiada agresión para un día fuera del ring y sucedió como en los sueños: olvidé vestirme para salir a la calle y usted me vio, oficial; pero yo contra las armas de fuego simplemente no puedo. Eso sí sería algo estúpido de mi parte.

Foto: Camaroni Producciones

Venecia, tierra soñada…

Abdul C. Bornio

La última vez que viajé a "la ciudad del amor" fue a través de las memorias de mi abuela, pues este pobre asalariado brincos diera por poder visitar "el viejo mundo". Afortunadamente, Museo Soumaya. Fundación Carlos Slim ha enriquecido su nueva exposición, Paisaje europeo, *con una puesta en escena que tiene la capacidad de llevarnos a todos, desde la butaca y sin escalas.* ***Lammatraca se dio a la tarea de entrevistar a Laura A. González Eguiarte****, coordinadora del Departamento de Comunicación del museo y directora de esta representación, original de Jorge Accame. Su labor evidencia cómo no son los superpoderes, sino la vulnerabilidad de algunos héroes, lo que rescata nuestro día a día.*

Los proyectos teatrales de Museo Soumaya son constantes, pero casi siempre se desarrollan de manera expresa para referirse a una pieza o colección de arte determinada. No así en este caso, tratándose de una galardonada obra argentina. ¿Cómo llega *Venecia* a tu dirección?

Fue el director del museo, el maestro Alfonso Miranda, quien sugirió la obra para complementar la exposición *Paisaje europeo*. Tanto él como yo tuvimos la oportunidad de ver la producción de OCESA, dirigida por Francisco Franco y estelarizada por Ofelia Guilmain. El guión me fascinó cuando lo leí porque, creo, empata varios temas, no nada más el traslado a Venecia sino la idea de que el Arte es en sí una invitación al viaje.

Sorprende cómo una obra tan reciente [Accame, 1997] puede vincularse tan sensiblemente con la exposición y con la audiencia. Así como las *vedutas* que se exponen en la sede de Loreto anteceden a la difusión turística, la obra transporta al público a una ciudad de ensueño, tan fantástica como real…

La idea del viaje, desde el *Grand tour*, es ilustrarnos, conocer y —como decía Gabriel García Márquez— "vestirse de locos". Así como se ha dicho de Nueva York que es tan geográfico como anímico, Venecia también es un estado de ánimo, amoroso por antonomasia. La obra destaca el poder de la evocación, de la memoria… la capacidad de ir más allá de uno mismo y de regresar a un lugar en el que no se ha estado.

***Venecia* es una obra fresca, graciosa cuando tiene que serlo y trágica sin ser mar de lágrimas. ¿Cómo describirías la naturaleza de su montaje?**

Creo que es una comedia inteligente, no de pastelazo. Un juego de creatividad. La producción de OCESA empleaba todos los recursos necesarios para hacerla a lo grande, pero el teatro es una transformación. Nuestra puesta está un poco más cercana al teatro pobre, que es incluso como lo sugiere el autor. Nos apoyamos en la resignificación de los pocos elementos en escena y en la emotividad de los actores. Justamente, esta obra me fascina por lo entrañables que son los personajes.

Respecto a ellos, ¿en qué te basaste para seleccionar al elenco?

Para mí, el talento joven es siempre extraordinario. Varios de mis colaboradores están vinculados con mi experiencia docente. Celsa Calderoni [asistente de dirección] y Carime Esquiliano [asistente de producción] fueron mis alumnas de Comunicación Escénica en la Ibero. Claudia Trejo [Marta] es egresada del CUT y compañera mía, también profesora. Luna Beltrán [Graciela] fue mi alumna de Seminario de Teatro Contemporáneo y de Taller de Dramaturgia en Casa Lamm, así como Rodrigo Alberto Cuellar [Ganador del 5° Rally de Teatro Independiente, Dramaturgia] gracias a quien conocí a Alejandro Piedras [Chato]. A Beatriz Huitrón [Rita] la conozco gracias a Teatro Itinerante, compañía que desarrolla las "confidencias de arte" del museo.

La Gringa, por otro lado, fue el último personaje que recluté y el que más trabajo me costó. Siento que, a veces, los actores que tienen que representar un personaje con alguna discapacidad se concentran mayormente en ser verosímiles. Yo quería, más bien, enfatizar el amor de la Gringa, la búsqueda del perdón y su relación familiar con las chicas. Buscaba a alguien que pudiera proyectar la transformación del personaje, una especie de Tiresias: la persona ciega que tiene la posibilidad de revelar y abrir los ojos a los personajes y al público. Maricarmen lo ha conseguido magníficamente. Tuve la oportunidad de verla en dos proyectos teatrales en los que no actuaba sino que tocaba el chelo. Si una de las cuestiones que trata la obra es la ceguera, ¿por qué no hacer una puesta verdaderamente incluyente? Así como los personajes organizan un viaje fantástico para llevar a la Gringa a Venecia, ¿por qué no llevar a Maricarmen a escena?

En la obra, la Gringa recuerda por medio de la imaginación una Venecia que nunca ha visto y que ya no podrá ver, sino a través de los ojos del resto de los personajes. Asombrosamente, la ciudad se erige en los ojos del público a través de este juego de teatro dentro del teatro. ¿Consideras que, de la misma forma, el museo desarrolla un ejercicio de arte dentro del arte, al vincular sus colecciones con este tipo de dinámicas?

Uno de los objetivos de Museo Soumaya es llevar a la gente de México, a través de su acervo de obras extranjeras, a territorios que quizá no han podido visitar. De alguna manera, *Paisaje europeo* y *Venecia* son la extrapolación de ese objetivo. La representación en Plaza Loreto gana en el aspecto visual, al ser un espacio abierto con telón de fondo negro y luces que revisten bastante durante las "Noches de Museo". En nuestra sede de Plaza CARSO la experiencia es más íntima: la cercanía con el público, la entonación fina y la emoción la harán mucho más cálida.

Rita, Marta, Graciela y Chato se convierten en verdaderos héroes para la Gringa a hacer realidad su mayor anhelo, pero es ella la que logra transportarlos a Venecia, al permitirles percibir el mundo más allá de los sentidos. A veces, la heroicidad tiene más que ver con rescatar la esencia de la vida y darle un nuevo significado, no tanto con permanecer sanos y a salvos.

Maricarmen se quedó ciega hace aproximadamente 8 años. La primera vez que regresó al mar después de la ceguera se entristeció mucho. Tuvo que aprender a redescubrirlo, por lo que se dijo a sí misma: "el mar vive en mí desde la memoria. Mi mar siempre va a ser mío, el más hermoso, porque está conformado por todos mis recuerdos". Eso es justamente lo que queremos transmitir.

Venecia

Museo Soumaya Plaza CARSO: abril, mayo, junio y julio | Domingos | 13:00 hrs.
Museo Soumaya Plaza Loreto: Noches de Museo (último miércoles de cada mes) y clausura (3 de agosto) | 19: 00 hrs.
ENTRADA GRATUITA | ADOLESCENTES Y ADULTOS
www.museosoumaya.org